



# **Lección Inaugural 1999**

UNIVERSIDAD  
CENTROAMERICANA

**Eduardo Valdés BARRÍA, S.J.**

**Rector de la Universidad Centroamericana (UCA) de Managua, Nicaragua, desde 1998.**

Originario de Panamá (1948), se graduó de Licenciado en Humanidades Clásicas en la Pontificia Universidad de Quito, Ecuador. Posteriormente obtuvo la *Licenciatura Civil y Eclesiástica* en el Colegio Máximo de Filosofía de México, D.F. Más tarde hizo la Maestría en Teología en la Universidad "José Simeón Cañas" (UCA) de El Salvador. Es *Doctor en Semiología* de la Universidad de París (VII), Francia, y *Doctor en Letras Modernas* de la Universidad Iberoamericana de México, D.F.

“Nuestro trabajo busca construir sujetos competentes, inventivos, disciplinados y responsables. Al mismo tiempo, que buscamos darles sentido como personas, como comunidad, como país y como región, para que no les falte calidad con equidad.

Nos espera un duro trabajo pero estamos conscientes que queremos asumirlo con un espíritu recto, lúcido y pacificador que permita ir encontrando los caminos necesarios para que todos, como comunidad educativa, tracemos esta novedad en la que estamos trabajando.

Queremos dar cuatro pasos: Seguiremos retomando el análisis de nuestra realidad; retomar los criterios o mediaciones por las cuales se sigue mostrando esa identidad; queremos entrar en la problemática nacional; no vamos a rehuir estar en medio de las fuerzas y tendencias del país. Una vez recorrido estos cuatro momentos podremos expresar nuestra misión. Es darle futuro a la universidad en medio de una nación que se está labrando su propio porvenir

”

**P. Eduardo Valdés BARRÍA, S.J.**  
**LECCIÓN INAUGURAL 1998**  
**UCA, NICARAGUA**

**Lección**  
***Inaugural***  
**1999**

UNIVERSIDAD  
CENTROAMERICANA



# LA UNIVERSIDAD JESUITA FRENTE A LOS RETOS DEL CAMBIO DE ÉPOCA EN AMÉRICA LATINA

*P. David Fernández, S.J.  
Rector del Instituto Tecnológico y de Estudios  
Superiores de Occidente (ITESO) de México*

Universidad Centroamericana (UCA)  
Managua, Nicaragua  
15 de Marzo de 1999

**P. Eduardo Valdés, S.J., Rector de  
esta querida Universidad  
Centroamericana de Managua;**

**Estimados miembros de la mesa de  
honor;**

**Amigas y amigos todos:**

o puedo iniciar esta lección inaugural a la que se me ha invitado, sin hacer patente mi agradecimiento al P. Rector de esta Universidad Centroamericana en Managua. Cuando el P. Eduardo Valdés me invitó a venir, no pude dudarle ni un minuto; de ello es testigo su amable y diligente secretaria. ¡Había tantas cosas que compartir con los nicas, tanto que agradecerles, que hubiera sido insensato decir que no a su convocatoria!

Así que, soy yo quien agradezco la oportunidad que se me ha dado para explicarme un poco, para sacar del corazón los sinsabores y los sueños que me animan y que nos sostienen a todos los que, en Latinoamérica, no hemos renunciado aún a la posibilidad de abrir un espacio en la historia para nuestros pueblos.

Al pueblo nicañagüense lo hemos tenido siempre debajo de la piel en México. Desde aquel terre-

moto terrible, prolegómeno de la Revolución, hasta el relevo del sandinismo en el gobierno, los mexicanos los hemos acompañado de cerca, nos hemos dejado contagiar de sus esperanzas y sus afanes. Y nunca se nos va a olvidar el hermoso gesto de retribución del pueblo nica cuando, con lo único que tenía, nos apoyó en la desgracia de 1985: con su sangre. Fueron galones de sangre los que nos llegaron a México para sanar a las víctimas del terremoto que devastó la ciudad Capital y el Occidente del país.

Con Nicaragua nos une, pues, una tierra que tiembla, los afanes libertarios y la sangre, la sangre física, el mismo líquido hemático, nada de más profundo, de menos prescindible, que este lazo físico y que incorpora, sin duda, un pasado, un presente y, probablemente, un futuro común.

Gracias, pues, P. Rector, gracias a todos ustedes que hoy se encuentran aquí reunidos.

Para entrar de lleno en la materia, intentaré, en primer lugar, un diagnóstico somero de lo que acontece hoy en nuestros países del Sur, los rezagos existentes, para luego formular algunos retos que vislumbro al propósito. En ese contexto intentaré, también, enunciar en línea gruesa, el papel que, creo, está llamada a jugar una universidad humanista en el inicio del nuevo milenio. Me mueve -no sobra aclararlo-, un profundo amor por la verdad y una sincera búsqueda del bien común, del pleno respeto a la dig-

nidad de los hombres y mujeres que tenemos la suerte de compartir este pequeño planeta perdido en la inmensidad del universo.

Comencemos ahora, pues, con el optimismo propio de quien sabe que el diálogo es el mejor camino para hacer camino y para concertar voluntades.

## ***Un primer dato: la realidad***

Si reflexionamos sobre el último tramo de la historia latinoamericana, podríamos arrancar en 1989, año fundamental que marcará, en realidad, el cambio de milenio, con un dramático trastocamiento en la correlación internacional de fuerzas y con el afianzamiento del proyecto económico de libre mercado y ajuste estructural en nuestros países.

En los años que han transcurrido de entonces a la fecha se ha dado en nuestros países una explosión de la pobreza y la inequidad abrumadoras. A pesar de los claros avances en una cultura pública de los derechos fundamentales, la vigencia de estos derechos reconocidos en la Declaración Universal y en otros instrumentos internacionales, en particular de los derechos económicos, sociales y culturales, ha tardado en llegar a plenitud y sufre hoy nuevas amenazas. Luego de las grandes catástrofes sociales que hemos vivido en el mundo, en esta segunda

parte de la centuria, hemos caído en la cuenta de que, no obstante el optimismo histórico que caracterizó al pensamiento racionalista de la modernidad, no existe en realidad un progreso acumulativo espontáneo, ni un sentido positivo intrínseco a la historia. Que lejos de acercarnos al pleno disfrute para todos de estos derechos, las cuatro quintas partes de la humanidad hoy están más lejanas que nunca de tenerlos garantizados. Hemos caído en la cuenta, pues, de que los problemas humanos no se solucionan por su propia inercia y que, en cambio, lo que existe en cada momento del proceso histórico es la tarea de hacer la sociedad y las relaciones humanas lo más humanas posibles.

No quiere decir esto que la utopía de la total vigencia de los derechos humanos haya sucumbido. Al contrario, constatar su lejanía tiene sentido si re-enfocamos la utopía como lo absolutamente imposible, y que por su imposibilidad puede inspirar todas las posibilidades.

En las postrimerías del siglo XX nos encontramos, pues, en materia social, con que el desafío central y creciente sigue siendo el de los pobres y la pobreza. Esta última -la pobreza-, violación en sí misma a los derechos humanos, es también caldo de cultivo para ulteriores y numerosísimas violaciones a otros derechos fundamentales. El contexto de la globalización, con la superconcentración de poder que trae aparejada, nos muestra cada vez con mayor claridad

que vivimos en un país y en un continente intervenidos y empujados a un creciente empobrecimiento de las mayorías.

Al propósito, es preciso constatar que ha sido la liberalización económica el pivote en torno del cual han girado las economías nacionales en los últimos lustros. La desregulación, el adelgazamiento del Estado, el establecimiento del libre comercio se concibieron originalmente como las herramientas detonantes del desarrollo en nuestros países del sur -o economías emergentes, como se les ha llamado-, que favorecería, en última instancia, la salida del atraso y la superación de la pobreza. A pesar de estas elevadas expectativas, nos encontramos hoy que nada de lo que estaba previsto ha sucedido. En la década de los años 80, el proceso de liberalización y ajuste de nuestras economías, de búsqueda de superación del déficit fiscal y en balanza de pagos, golpeó tremendamente a las mayorías populares de todos nuestros países. En los años 90, al madurar el ajuste y la apertura, se esperaba que los tiempos difíciles concluyeran. Pero encontramos hoy que no ha sido así. Con todo y que se ha dado un crecimiento económico moderado -no comparable con índices de crecimiento previos a la liberalización comercial-, vemos evidencias contundentes de deterioro en la calidad de vida de las mayorías y una regresión en la distribución del ingreso. La inequidad, la miseria y la corrupción continúan presentes entre nosotros, e incluso, se han agravado.

Allí están, como botón de muestra, la pobreza de varios millones de nicaragüenses y la miseria de otros millones más que dejan fuera de una vida humana digna a multitudes inmensas en este país.

A la base de lo que ha ocurrido se encuentra una concepción radical del capitalismo que tiende a absolutizar el mercado hasta convertirlo en el medio, el método y el fin de todo comportamiento humano inteligente y radical. Según esta concepción -dicen los provinciales jesuitas de América Latina - están subordinados al mercado la vida de las personas, el comportamiento de las sociedades y la política de los gobiernos. Este mercado absoluto no acepta regulación en ningún campo. Es libre, sin restricciones financieras, laborales, tecnológicas o administrativas.

La cultura que tiene aparejada esta idea de libre mercado irrestricto tiende también a valorar al ser humano únicamente por la capacidad de generar ingresos y tener éxito en los mercados, desata la carrera por poseer y consumir, exagera el individualismo y la competencia, lleva al olvido de los valores comunitarios y produce la destrucción de la integridad de la naturaleza. Es contraria, pues, a una cultura de los derechos humanos, de la dignidad de la persona, del Evangelio, en suma.

Dice Octavio Paz que el fin del comunismo nos

obliga a ver con mayor rigor crítico la situación moral de nuestras sociedades. "Sus males -dice él- no son exclusivamente económicos sino, como siempre, políticos, en el buen sentido de la palabra. O sea: morales. Tienen que ver con la libertad, la justicia, la fraternidad y, en fin, con lo que llamamos comúnmente valores. En el centro de esas ideas y creencias está la noción de persona". Y coincide entonces, el Premio Nobel, con que esta noción, la de persona, ha de ser el fundamento de nuestras instituciones políticas y de nuestras ideas de lo que deben ser la justicia, la solidaridad y la convivencia social. Pero hoy -se queja el poeta mexicano-, la persona ha ingresado ya en el orden de la producción industrial: es una fabricación. "Esta concepción destruye la noción de persona y así amenaza en su centro mismo a los valores y creencias que han sido fundamento de nuestra civilización y de nuestras instituciones civiles y políticas (...) La confiscación del erotismo y del amor por los poderes del dinero -menciona como ejemplo- es apenas un aspecto del ocaso del amor; el otro es la evaporación de su elemento constitutivo: la persona".

Es verdad que la liberalización económica y la apertura financiera han tenido aportes positivos como la contribución de los mecanismos de mercado para elevar la oferta de bienes de mejor calidad y precios, el quitar a los gobiernos tareas que no les competen para darles oportunidad de dedicarse, si quieren, al bien común, así



como el avance de las relaciones comerciales entre nuestras naciones. Pero estos elementos están lejos de compensar los inmensos desequilibrios y perturbaciones que causa este modelo económico en términos de multiplicación de masas urbanas sin trabajo o que subsisten en empleos inestables y poco productivos, quiebras de miles de pequeñas y medianas empresas, expansión del narcotráfico basado en sectores rurales cuyos productos tradicionales quedan fuera de la competencia; desaparición de la seguridad alimentaria; aumento de la criminalidad empujada no pocas veces por el hambre; desestabilización de las economías nacionales por los flujos libres de la especulación comercial, desajustes en comunidades locales por proyectos de multinacionales que prescinden de los pobladores, y un largo etcétera.

Con estos resultados no está nada de más recordar aquí, y gritar afuera, que no existen instituciones absolutas. Que el hombre y la mujer son irreductibles al mercado, al Estado o a cualquier otro poder o institución que quiera imponerse como totalizante. El mercado no es ni bueno ni malo, ni capitalista ni socialista, dice la carta de los jesuitas a que aludí arriba. Es, entonces, una relación humana que ha de ser controlada, en libertad, solidaridad y destreza, para conseguir una vida digna para todos.

El desafío, por consiguiente, es no destruir la relación de intercambio, sino ponerla al servicio

de la realización del ser humano en armonía con la creación; colocarla dentro de un marco de condiciones de igualdad de oportunidades básicas para todas las personas y dignificarla librándola de las fuerzas de dominación y explotación que llegaron a tergiversarla.

Un mercado que no está de alguna manera controlado por la sociedad civil y por el Estado queda a merced del imperio del capital privado, de los más instruidos, de los que poseen infraestructura y ponen a las instituciones a su servicio, y de los que concentran la información. Al establecer la desregulación laboral y financiera, el mercado traslada fácilmente el valor producido hacia núcleos de acumulación nacional e internacional. En muchos casos, no se ha incorporado al pueblo en la producción vigorosa de valor agregado. Y en procesos como la maquila o la economía informal, no se le ha permitido al pueblo participar en la riqueza que genera. El mercado de trabajo, por ejemplo, ha de ser un elemento central de la integración de la economía mundial, y sistemáticamente se le bloquea como heterodoxo.

Volvamos ahora a Octavio Paz. Constatemos con él que existe hoy una paulatina pero irreversible desvalorización de la persona. En nuestra tradición cultural habíamos creído que cada hombre y cada mujer eran un ser único, irrepetible; los modernos los vemos ahora como órganos, funciones y procesos. Las consecuen-

cias de ello sólo pueden ser terribles. "El hombre es un ser carnicero y un ser moral -dice Paz-: como todos los animales vive matando pero para matar necesita una doctrina que lo justifique". En el pasado, las religiones y las ideologías le suministraron toda clase de razones para asesinar a sus semejantes. Hoy, lo que tiene, es la doctrina de la libertad absoluta del mercado.

Con este modelo, los derechos económicos, sociales y culturales del pueblo de México, de Nicaragua y de todo el Sur del orbe sufren gravemente. La oferta educativa pública cada vez es menos suficiente y de menor calidad para la mayoría de los habitantes de estos territorios. La inversión en ciencia y tecnología es marginal. Las condiciones de salud son malas. Los jefes de familia han de emplearse por arriba de una jornada ordinaria de trabajo, con lo que el derecho al descanso, incluso, queda en entredicho. La destrucción de la riqueza natural y de las culturas autóctonas avanza sin freno.

Podría arguirse que desde siempre los pobres en América Latina han vivido esta situación de vacío de capital social y de violación a sus derechos. Pero hay que decir también que esa falla se ha agravado con el actual modelo económico, por la retirada del Estado a favor de la iniciativa privada, por la disminución del gasto público, por la corrupción rampante, por el abandono del apoyo al patrimonio natural y cultural, y a las organizaciones de la gente.

Y es importante, entonces, reflexionar sobre las relaciones entre la liberalización a ultranza y las crisis sociales en nuestros países.

En efecto, en todo el continente se percibe un rompimiento general de la sociedad que tiene múltiples causas y aparece en la inestabilidad de las familias, las múltiples y crecientes formas de violencia, la discriminación contra la mujer, la destrucción del medio ambiente, la manipulación de los individuos por los medios de comunicación, el hostigamiento al campesinado y las comunidades indígenas, el crecimiento de ciudades inhóspitas, la pérdida de legitimidad de los partidos políticos, la privatización del Estado por grupos con poder económico, la pérdida de gobernabilidad del aparato estatal, la penetración de consumos denigrantes como la pornografía y la droga, la prescindencia del compromiso comunitario y de la práctica de la solidaridad. Desaparece, pues, como horizonte, la preocupación por la calidad de vida de la población, por la salvaguarda de su dignidad y sus derechos.

Ante esta realidad, descrita apenas con trazo grueso, una primera exigencia que se nos plantea -como académicos, como ciudadanos y como cristianos- es la de la resistencia creativa a las dinámicas que destruyen a las economías nacionales y a los pueblos. Entender primero, y a fondo, el modelo actual de integración económica, para llegar a descubrir su racionalidad y sus supuestos éticos. Comenzar entonces

a emprender un esfuerzo educativo formal e informal para contribuir a transformar a las instituciones, empresas y proyectos excluyentes, a las políticas de exclusión, y a los hombres y las mujeres que son actores de exclusión, muchas veces sin conciencia de ello. Sostener, pues, un esfuerzo paulatino y paciente por crear la sociedad solidaria que no existe.

Así, para los universitarios vinculados con la Compañía de Jesús, continúa vigente, a pesar de la crisis de las ideologías y del oscurecimiento de la utopías, el no definitivo al capitalismo devastador que carece por completo de controles. Un sistema así, imperio del capital privado, a merced de las grandes empresas trasnacionales desnacionalizadas, es profundamente injusto e imposibilitador de una democracia real y, por tanto, de la plena vigencia de los derechos fundamentales de las personas.

Continúa vigente, igualmente, el decir no a las visiones puramente utópicas que postergan para la solución final el goce pleno de los derechos de los individuos y los pueblos, la solidaridad y la equidad económica y de género. Los derechos humanos, por el contrario, se nos aparecen ahora, tanto como norma crítica para evaluar cualquier sistema social, cualquier formación cultural -incluidas las teológicas y cristianas-, como proyecto inmediatamente realizable en cualquier punto del globo y en toda circunstancia.

Los universitarios de las 136 instituciones de educación superior encomendadas a los jesuitas en los cinco continentes, decimos sí, en cambio, a un proyecto de democracia real, en donde las relaciones económicas, sociales y políticas -con pan, salud y educación- y con verdadera participación, libertad y alegría, especialmente para las mayorías secularmente empobrecidas y para los sectores marginados, sean una realidad cotidiana.

Sí, a una comprensión de los derechos humanos fundamentalmente como derechos de los pobres y los excluidos, desde una opción preferencial por ellos que no sea meramente asistencialista, piadosa o mesiánica; sino que los asuma como una realidad colectiva, conflictiva y alternativa, sujetos radicales de la liberación y la democracia.

La universidad de inspiración cristiana, los organismos públicos o civiles latinoamericanos, no podemos asumir, por tanto, un purismo anticonflictivo que no se haga cargo, humanizándola, de la conflictividad social inherente al cambio social.

La universidad, como el conocimiento humano, no puede ser neutral. Al contrario, Universidad y conocimiento tienen sentido si salvaguardan la libertad, la igualdad, la equidad del género humano, particularmente de los más amenazados. Su racionalidad, por tanto, sólo es justa si tienen como objetivo una calidad profesional

que ayude a reparar las injusticias y a velar por los más pobres.

En lo que toca al respeto y aprecio por la diversidad, los universitarios reconocemos que ésta es parte de la historia y de toda comunidad humana, y que la naturaleza sonríe con ella. Por esto, no podemos sino condenar la exclusión y la intolerancia, el racismo y las presuntas superioridades de género. Dejarnos, entonces, inspirar por los aportes de los pueblos indios al proceso de transformación social y reconocer su derecho a la autonomía, no puede ser sino el corolario de esta definición central universitaria.

## ***NUESTRO PROYECTO UNIVERSITARIO***

Viniendo ahora en concreto a nuestra universidad, la UCA, como institución de educación superior de la Compañía de Jesús, asume el proyecto educativo ignaciano. Según documentos de la Orden, nuestras universidades quieren contribuir, en un ambiente de participación, apertura, libertad, respeto y crítica propositiva, al desarrollo y difusión del conocimiento, y a la formación de profesionales e investigadores con calidad humana y académica, que se comprometan al servicio de los demás para el logro de una sociedad más libre, productiva, justa y solidaria. En palabras del Padre Kolvenbach, el objetivo último de la educación jesuita es el cre-

cimiento global de la persona, que lleva a la acción inspirada por el Espíritu y la presencia de Jesucristo, el hijo de Dios, el "Hombre para los demás". Este objetivo, orientado a la acción - continúa el Padre General- está basado en una comprensión reflexiva y vivificada por la contemplación, e insta a los alumnos al dominio de sí y a la iniciativa, integridad y exactitud. Pretendemos, pues, formar líderes en el servicio y en la imitación de Cristo Jesús, hombres y mujeres competentes, conscientes y comprometidos en la compasión, al servicio de los demás. En palabras de ustedes mismos, se trata de "formar hombres y mujeres de gran competencia profesional, vinculados a su realidad social. Seres humanos integrales, no por el simple hecho de tener una inteligencia brillante y una instrucción notable, sino también por su calidad ética".

Es claro, al propósito, que toda educación universitaria es, en primer lugar, transmisión de saberes. La conservación de los saberes de una sociedad es la esencia misma de la educación. Sin embargo, como lo he dicho en el Iteso -institución de la que me honro en ser rector- nuestras universidades no pueden constituirse sin más en custodia de lo viejo y endosar aquello novedoso que pueden descubrir a los automatismos del sistema. Al entregar en la universidad a las generaciones futuras el mundo tal cual pensamos que es, les hemos de entregar también sus múltiples posibilidades: abarcar, aunque sea por con-

traste, su reverso y sus alternativas. Los grandes pensadores-educadores de la historia, como Sócrates o Platón, Erasmo, Tomás Moro, Rousseau o Marx, nunca se limitaron a confirmar lo establecido ni pretendieron aniquilarlo sin antes comprenderlo o ligarse a ello: su genio consistió en fomentar la insatisfacción creadora desde una responsabilidad fundamental frente a lo dado.

Savater lo dice bien: hacerse responsable del mundo no es aprobarlo tal como es, sino asumirlo conscientemente porque es y porque sólo a partir de lo que es puede ser enmendado. Para que haya futuro, alguien debe aceptar la tarea de reconocer el pasado como propio y ofrecerlo a quienes vienen tras de nosotros. Esa, y no otra, es la tarea universitaria.

Pero, además, toda sociedad, para ser tal, necesita contar con un lugar libre en donde discípulos y maestros se reúnan a compartir su saber, a discutir y a vivir, ameno y vital. Un lugar para forjar intelectuales, hombres y mujeres que piensen, hablen y trabajen en diálogo con otros hombres y mujeres que piensen, hablen y trabajen en la búsqueda de la verdad. Construir un lugar así toma tiempo, mucho tiempo, mucho más de las cuatro decenas de años que tiene de vida esta Universidad. Continuar construyéndolo desde aquí es tarea a la que la propia historia los convoca.

Pero, así de necesario como es, este lugar que pretendemos no se justifica en sí mismo -ustedes lo saben-, sino por el papel y por la tarea que puede desempeñar en la sociedad. No otra cosa es lo que he querido decir con toda la reflexión primera sobre la realidad actual de nuestros países. No se trata, por cierto, de hacer del pensamiento y de la ciencia humanos objetos meramente utilitarios, pero sí tener conciencia de la hipoteca social que pesa sobre ellos.

La universidad es una construcción social. Su responsabilidad no es con ella misma, sino con quienes le dieron vida y sentido, y con quienes la sostienen y creen en ella. Tenemos que pensar desde este punto de arranque nuestra labor como universitarios. Como dice Rabelais, ciencia sin conciencia es la ruina del alma. Muchas veces, por ejemplo, por quedarnos con lo establecido de antemano, se nos escapa la vida de la Nicaragua de hoy, de la América Latina pobre en la que vivimos, y a la que nos hemos referido, con sus explicaciones y generalizaciones.

Por lo menos en México, hoy más que nunca, las palabras novedosas están partiendo del pueblo sencillo; y hoy menos que nunca, el pensamiento renovado está surgiendo de las universidades e instituciones académicas. Son las organizaciones sociales, las ONG's, las instancias intermedias de la sociedad, las culturas indígenas, quienes vienen aportando las ideas motrices de un pensamiento nuevo que nos salve del colo-

nialismo y de la perpetuación del atraso. La América Latina sigue siendo uno de los continentes en donde más y mejor se piensa. En Centroamérica, en Colombia, en Haití y en México está la inteligencia del mundo. Aquí se ha hecho vida el concepto de la liberación, el del pluralismo y la tolerancia política, el de la difícil transición, el de la democracia, el de las tecnologías aplicadas y el desarrollo sustentable, el de la descentralización del poder y el de la no intervención y la paz. Si miráramos hacia el sur, nuestras universidades tendrían mucho más que decir y qué escribir que los teóricos del "fin de la historia", que los funcionarios del Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, o que los filósofos de la posmodernidad. Por lo menos tendríamos algo mucho más útil y más noble que proponer.

Así, el punto de partida para la investigación y la docencia con el que los jesuitas hemos querido soñar no es otro que el de la realidad misma, el de nuestra realidad. Más profundamente, la perspectiva en la cual la realidad se manifiesta con mayor hondura, con mayor radicalidad, honestidad y transparencia: el punto de vista de los excluidos. Ellos y ellas, los pobres y marginados, son las víctimas concretas de la realidad real. La verdad de la realidad se encuentra en ellos. Desvelarla, aprehenderla, transformarla es el reto mayor que se nos propone para nuestras universidades.

Esta no es una postura política, gustaba de decir el padre Ellacuría, sino epistemológica. En ella -continuaba diciendo- se juega la justeza y la razón del saber universitario.

Repitámoslo: ninguna educación es neutral. La educación universitaria, en particular, favorece un tipo de ser humano frente a otro, un modelo de ciudadanía, de maduración psicológica y hasta de salud, que no es el único posible pero que se considera preferible a los demás. Ninguna educación puede ser neutral, mucho menos imparcial. Como decía el propio Ignacio Ellacuría: la universidad aspira a ser objetiva, pero no imparcial, porque para ser objetiva tiene que tomar partido. La cuestión educativa no trata de cómo permanecer neutrales frente a los distintos partidos o caminos, sino acerca de qué partido hemos de tomar.

Al respecto, existen hoy, a fin de milenio, ideales educativos que parecen francamente indeseables: el servicio a los propios apetitos personales, a la acumulación de bienes, a la religión del éxito; el servicio a una divinidad autoritaria que compite con la historia humana y aniquila el libre albedrío de que fuimos dotados; la adopción de un método sociopolítico único que pretenda responder a todos los interrogantes humanos; la postulación de que toda verdad es relativa, salvo aquella verdad pragmática de que lo que es útil es bueno.

Lo que el ITESO, la UCA y la Compañía de Jesús han querido y quieren ahora es, por el contrario, formar individuos autónomos, capaces de participar en comunidades que sepan transformarse sin renegar de sí mismas, que se abran y se ensanchen sin perecer; que se ocupen del desvalimiento común de los humanos y atiendan a la diversidad de marginalidades que nos separan de la fraternidad común. Gente, en fin, convencida de que el principal bien que hemos de producir y aumentar es la humanidad compartida, la filiación sin distingos, según la voluntad del Padre.

Una reflexión más: durante mucho tiempo, la enseñanza ha servido para discriminar a unos grupos humanos frente a otros: a los instruidos frente a los ignorantes, a los hombres frente a las mujeres, a los patronos frente a los trabajadores. Si una universidad no pretende corregir los efectos de las escandalosas diferencias sociales o de género, su esfuerzo educativo se convertirá en una perpetuación de la fatal jerarquía social y fracasará, por tanto, en su búsqueda del "bien más universal" -al que llama el padre Ignacio-, y en la realización del servicio de la fe y la promoción de la justicia.

Para la Compañía no basta esperar que todo irá bien si maestros y funcionarios universitarios nos portamos con sensatez y buen equilibrio, y si formamos hombres y mujeres jóvenes bien equilibrados, libres de desórdenes emotivos

obvios. ¿Serían capaces los jóvenes bien equilibrados de dar su vida por los amigos? ¿Dejaríamos nosotros las noventa y nueve ovejas para ir en busca de la que está perdida? ¿Comerían y beberían estos jóvenes bien equilibrados con prostitutas y pecadores? Me temo que habría demasiada sensatez para ello.

El reto está, pues, en liberar y ofrecer cauces para el caudal de generosidad que cargan consigo los jóvenes que acuden a nosotros; en ser nosotros mismos hombres y mujeres apasionados por la verdad, la justicia y la libertad; en alimentar la capacidad de compasión y solidaridad humanas; en formar hombres y mujeres apasionados por los demás, que, como dice San Agustín, amen profunda, verazmente, y hagan lo que quieran. No en balde ustedes han llegado a formular este ideal con la consigna de formar y educar una Nueva Generación.

## **APUNTES PARA UN PROGRAMA UNIVERSITARIO**

Con este marco global, hecho con jirones de realidad, pero también de sueños e ideales, me atrevo ahora a proponer algunas líneas que en nuestra universidad en Guadalajara hemos querido asumir como desafíos, como oportunidades de crecimiento para ir concretando en un proyecto preciso estas grandes orientaciones.

Las ofrezco con toda sencillez, en la inteligencia de que cada universidad es distinta y los caminos por andar pueden ser múltiples.

Creo, en primer lugar, que tenemos que propiciar la transición hacia un modelo menos áulico de universidad, en el que el proceso de enseñanza-aprendizaje enfatice más esta última dinámica, desde la práctica profesional concreta y desde las experiencias crudas de la realidad vividas por nuestros estudiantes; que se centre más en el alumno que en el maestro. En esta transformación juega un papel importante un proceso general de renovación de las prácticas educativas. Nuestra educación para el siguiente milenio, tiene que salir de los recintos universitarios para ir ahí a donde están los desafíos y en donde se generan los conocimientos socialmente relevantes, tal cual los necesitamos. En palabras de Gabriel Celaya, la universidad, como la poesía, no puede ser un lujo cultural de los neutrales, sino lo más necesario, lo que no tiene nombre: gritos en el cielo que en la tierra son actos.

En segundo lugar, nos anima el ideal de impulsar una Universidad al servicio de la región, vinculada estrechamente con los problemas socialmente relevantes del entorno, con capacidad de análisis y de propuesta.

Queremos, igualmente, avanzar en la construcción de una universidad comprendida como "situación educativa" en su conjunto; cuyos pro-

cedimientos, reglas y funcionamiento concretos faciliten la apropiación de los valores institucionales por parte de los alumnos. Mucho se ha dicho que se instruye con el hablar, pero se educa con el hacer. Sólo la congruencia entre lo que decimos y lo que hacemos puede ser verdaderamente educativo.

Nos proponemos también avanzar en la democratización de la universidad: fortalecer los organismos colegiados y descentralización de procesos administrativos y de toma de decisiones. Deseamos el impulso a la participación estudiantil organizada como entraña misma de lo que significa ser universidad.

En este proyecto, es preciso fortalecer la investigación y los programas académicos de posgrado como fórmulas académicas de vinculación con los problemas sociales relevantes. Que la investigación sea tal que impacte tanto la docencia como la vinculación, al mismo tiempo que se enriquezca de ellas.

Y aunque la función social primordial de la Universidad está en la posibilidad de que haga propuesta de transformación social y genere conocimiento socialmente relevante, también pensamos que incluye el hacerla accesible al mayor número de sectores sociales y personas que llenen el perfil de afinidad. Por esto, otro reto que asumimos es el avanzar hacia la consolidación de un sistema de créditos y becas



amplio, consistente y congruente con los ideales de la Universidad, que no se soporte en el aumento de las colegiaturas.

Queremos en el Iteeso consolidar procesos de planeación estratégica permanentes y con impacto real en la marcha de la universidad. Que la comunidad universitaria tenga conciencia de proyecto universitario, mediante la superación del aislamiento operativo de las instancias internas, con la interacción de las mismas en torno del proyecto común y con aportes al mismo.

Nada de lo anterior puede lograrse si no avanzamos hacia la eficiencia administrativa de la universidad, con un énfasis central en la administración académica: compactación de grupos; reducción de carga horaria en la currícula; control sobre la asignación de plazas y utilización de tiempos variables; supervisión de las actividades académicas y rendimientos; aprovechamiento docente de administrativos y personal de tiempo fijo, etc. Ustedes mismos han transitado ya por una difícil reforma interna y saben de lo que les estoy hablando. Lo importante, en todo caso, es que la racionalidad administrativa universitaria ha de ser la de poner recursos y procesos en dirección al logro de los objetivos y propósitos de la universidad y no a la inversa.

Hasta aquí los grandes lineamientos sobre los que queremos trabajar en México. Creemos que seguirlos con un espíritu de discernimiento igna-

ciano nos pondrá en el camino adecuado para construir la universidad que requieren nuestros pueblos en el milenio que está por comenzar.

## Conclusión

La esperanza latinoamericana, hay que decirlo para concluir, se fundamenta en los actuales procesos de reforma del Estado que están teniendo lugar en nuestros países, en las transiciones políticas -nunca exentas de peligros- que estamos viviendo, y en el papel activo que la sociedad civil tiene en estas materias. A pesar de todo, a contracorriente a veces, continuamos marchando. La esperanza somos nosotros mismos. Todos nosotros y todas ustedes, las mujeres. Juntos construimos la esperanza, en tanto tenemos puesta la mirada en un porvenir siempre mejor para los hijos de esta tierra.

La invitación es a continuar este esfuerzo de reflexión dentro de los muros de la universidad, pero también allá afuera, en el seno de los grupos y organismos a los que pertenecemos, en la calle, en el ejido y en la empresa. Pero, sobre todo, la invitación es a convertir nuestras ideas generosas en prácticas transformadoras de la realidad. De nada serviría que unos años más tarde nos volviéramos a reunir para celebrar nues-

tra común identidad y repetir lo que ahora hemos compartido sin haber avanzado siquiera un poco.

Reitero ahora lo que señalé al inicio. Agradezco profundamente el que se me haya dado la oportunidad de compartir estas preocupaciones con ustedes, en la búsqueda común de la verdad. La posibilidad de tender puentes, de dialogar y discutir, de comprendernos, entre otras muchas cosas, son lo que nos hace Patria Grande, es decir, comunidad de intereses, centro de pensamiento, casa del espíritu.

Quiero felicitar muy cordialmente a quienes trabajan y estudian en esta universidad hermana. Quiero agradecer a quienes acepten nuestra invitación para reflexionar y construir juntos. Nuestra búsqueda es sincera y profundamente honesta. Es una fortuna poder realizarla juntos.

Con la esperanza de enfrentar la compleja realidad actual con honestidad y sencillez en los debates que seguirán teniendo lugar en nuestros países, sabiéndome unido a quienes luchan por la plena vigencia de los derechos fundamentales para todos los seres humanos, que son profesionales de la esperanza por ser educadores, les agradezco su atención.

***Managua, Nicaragua, Marzo 15 de 1999***

***David FERNÁNDEZ DÁVALOS, S.J.***

**Rector del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO) de la ciudad de Guadalajara, México, desde 1998.**

Originario de Jalisco, México (1957), se graduó de Licenciado en *Filosofía y Ciencias Sociales* en el Instituto Libre de Filosofía, de Guadalajara, Jalisco. Luego obtuvo la Licenciatura en Teología en el Colegio Máximo de Cristo Rey, de la ciudad de México. Es Maestro en Sociología de la Universidad Iberoamericana, Plantel Santa Fe.

De 1994 a 1998 fue Director del Centro de Derechos Humanos *Miguel Agustín Pro Juárez, A.C.*

El P. Fernández fue merecedor del *Premio Human Rights Watch* en 1996 y ha sido autor de una serie de libros, entre los que encuentran: *"Malabareando. La Cultura de los Niños de la Calle"* y *"Este es el Hombre. Vida y Martirio de Miguel Agustín Pro"*.

UNIVERSIDAD CENTROAMERICANA (UCA)

MANAGUA, NICARAGUA

MARZO, 1999